

## ME DICEN: LA CIUDAD. Y YO RESPONDO...: EL CAMPO

RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN

Numerario

«Yo deseaba que todos los hombres de la tierra disfrutaran esta emoción que me causaba el campo abierto. Por eso siempre he considerado este arte un arte revolucionario que busca la vida».

Con estas palabras del propio Alberto justifico mi osadía de acercarme, como simple ciudadano, a su obra, para intentar hilvanar unas cuantas reflexiones.

«La escultura tiene su vida como todas las cosas naturales... esta nueva sociedad es la encargada de retirar las obras de arte, pero después de que hayan vivido en ella», seguirá diciendo el artista. Su destinatario deberá ser, pues, en primer lugar, el pueblo soberano; un pueblo que, si es capaz de captar este mensaje, deberá sentirse conmovido, trascendido, transformado por un cambio ético y de actitudes, a la solidaridad humana y a la elevación personal como signos para estimular la libertad.

Dice su cuñado Luis Lacasa, hombre que lo conoció y lo comprendió con hondura, que el arte de Alberto es sobre todo nacional y popular: «Está profundamente enraizado en España -dice-, tanto en sus remotas tradiciones... como en el medio físico y geológico de Castilla; como en el hombre y la mujer castellanos». «No hay un solo pueblo de Castilla... que no esté siempre al alcance de tu mano», dirá también Blas de Otero.

Su escultura **El Pueblo Español** tiene un camino que conduce a una estrella, que figuró a la entrada del Pabellón Español en la *Exposición Internacional de París* de 1937, obra de doce metros y medio de altura, se ha interpretado como la representación significativa de un camino rural de Castilla que, serpenteando en lomas y

ollas, entre surcos de campos labrantíos, se pierde en el horizonte, se verticaliza súbitamente y asciende a una estrella.

Pero dentro de España, Castilla, y dentro de Castilla, Toledo. Alberti, Neruda, Vivanco, han remarcado bella y poéticamente la toledaneidad de Alberto Sánchez. «Su obra no se entiende bien si no se enmarca en el contexto de Toledo, su tierra natal», se ha dicho reiteradamente. Y su esposa, Clara Sancha (1982), se manifestaba así: «Siempre pensaba y soñaba con Toledo, y a todo el mundo hablaba de Toledo».

Pero el Toledo que fascinaba a Alberto, no era tanto esta ciudad antiquísima, misteriosa, abrumada por el peso de la historia, típica y tónica, sino sus alrededores naturales; el propio escultor lo expresa mejor que nadie con su prosa vigorosa y auténtica: («Me dicen: la ciudad. Y yo respondo...: el campo...»). En realidad todo esto de la Escuela de Vallecas para mí tiene su origen en la ciudad de Toledo, al contrastar la vida fantasmal y de miedo de todos los chicos toledanos de sensibilidad despierta, en los que la ciudad nos producía desagrado y malestar. En cambio, el campo toledano,



El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella.

que conocía bastante bien, provocaba en mí una alegría sana y a veces hasta el éxtasis, al presenciar los espectáculos de la naturaleza».

Y, dentro aún del campo toledano, la comarca de la Sagra; de ella dice así: «Que de aquí en adelante no sea más que un terrón de castellanas tierras... que tenga también blanco de Luna de Pantoja y Alameda... que mi tierra sea envuelta de olores de tomillos y cantuesos; que me den calor los conejos y las liebres; guardado de árboles de majuelas con tomillos y esbeltos tallos de hinojos y tener por novia los montes de Añover de Tajo. Y que el viento del amanecer levante el polen de todas las tierras de Castilla, y que a mi novia Monteañover le pongan florecitas de hierba-piedra...». «No corre en vano La Sagra por tus venas y pinceles», diría Alberti.

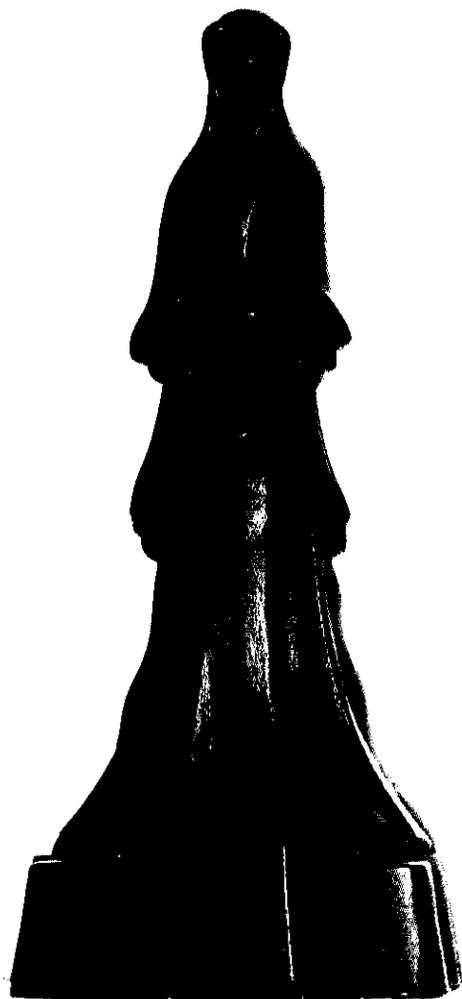
Así pues, la naturaleza castellana, y principalmente sagreña, sus queridas tierras de *alcaén*, parece fueron, en el tiempo, su primera fuente de inspiración o, aún mejor, el ámbito idóneo para ejercitar su enorme penetración perceptiva; en ella captará los infinitos matices luminosos del día y de la noche, del sol y de la luna; el sonido de las esquilas, campaniles, del rumor de la brisa y también de los bramidos animales en celo; el aroma del tomillo, de la tormenta y el rocío; el extraño e íntimo sabor de las piedras; la suavidad o aspereza de musgos, de cuarzos y de gredas.

Pero dentro de esta naturaleza rural y campesina hay una figura verdaderamente esencial que anima y protagoniza todo este mundo animal y vegetal: es la *mujer castellana*. Y entiéndase bien que se trata de la *mujer* como representación significativa de una realidad ética y existencial, no de una mujer singularizada. El propio Alberto lo explica de forma magistral: «... yo no hago mujeres ni hombres en escultura porque ya están hechos. Si lo hiciera sería para explotar vanidades. Yo ni lo aprendí ni lo aprenderé. Las miserias de la gente humana tienen su teatro aparte. El arte que yo admito es el que cultiva la persona y la eleva a cosas limpias fuera

de las costras del presente y del pasado».

Rafael Alberti fue quien percibió más agudamente el aroma poético de estas figuras: «Mujeres castellanas sobrias de líneas esquematizadas... airosas, oscuras y secretas mujeres... policromadas en chapa de hierro o madera... graves mujeres populares que salieron de ti como amasados moldes para líricos panes cotidianos.» Por su parte, Juan Rejano también diría: «Esas mujeres castellanas que Alberto llevó a la escultura como nadie lo había hecho hasta entonces, como nadie lo haría después».

De su etapa española, que concluye en 1938, citaremos en primer lugar la conocida como **La Mujer Toledana** (1926-27) (que he visto nominar también como doña María de Padilla y doña Juana de Padilla). Propiedad de la



Mujer toledana o M<sup>a</sup>. de Padilla.

Diputación de Toledo, y de la que llevó a cabo una reproducción ampliada el académico Cecilio Béjar, ubicándose en 1982 ante la Casa de Corcho del Paseo de Merchán o Vega Alta. En ella se aprecian ya los primeros indicios de evolución liberadora de un arte figurativo. La base, ensanchada, asciende estilizándose hacia una verticalidad trascendente y vital. Aparecen planos rectos, ligados con cierta geometría neocubista. Dentro de estas características, la estructura es compacta y tiene una severidad en la que alguien apreció un «aire medieval»; las manos cruzadas por delante, el rostro levemente inclinado y un cuerpo erguido dentro de amplios, hieráticos ropajes, que cubren incluso la cabeza; parecería, más bien, la representación de una mujer perteneciente a ese Toledo apesadumbrado y secular que tanto desazonaba a Alberto en su niñez.

Sin embargo, muy poco tiempo después, el escultor toledano ha asimilado bien las corrientes artísticas de la modernidad, evolucionando hacia una abstracción en la que, a más de la verticalidad, aparece la valoración del hueco, el vacío, el llamado «hueco activo» que entrelazado con las zonas macizas, daría lugar a formas armónicas que inspirarían a Henry Moore.

Buen ejemplo de ello es el **Signo de mujer rural en un camino lloviendo** (1927-30), expuesto en Copenhague en 1932. Pero sobre su génesis, me parece necesario volver a otro precioso texto del escultor: «A lo lejos vi -decía- como una bandada de pájaros grandes que estaban parados. El lugar donde yo me encontraba conservaba todavía la humedad del rocío; allí había hierbecitas que sabían a menta. Mientras miraba la bandada de pájaros vi con emoción que se ponían en pie, derechos. Resultó que eran quince o dieciséis mujeres que se echaron las faldas a la cabeza para protegerse del sol, y comenzaron a andar con ritmo de aves, en dirección contraria a la mía. En aquella ocasión yo tenía los ojos muy abiertos para las formas esculturales. Esa impresión ha perdurado en mí hasta ahora. «Aquí concluyen varias versiones que he leído en rela-

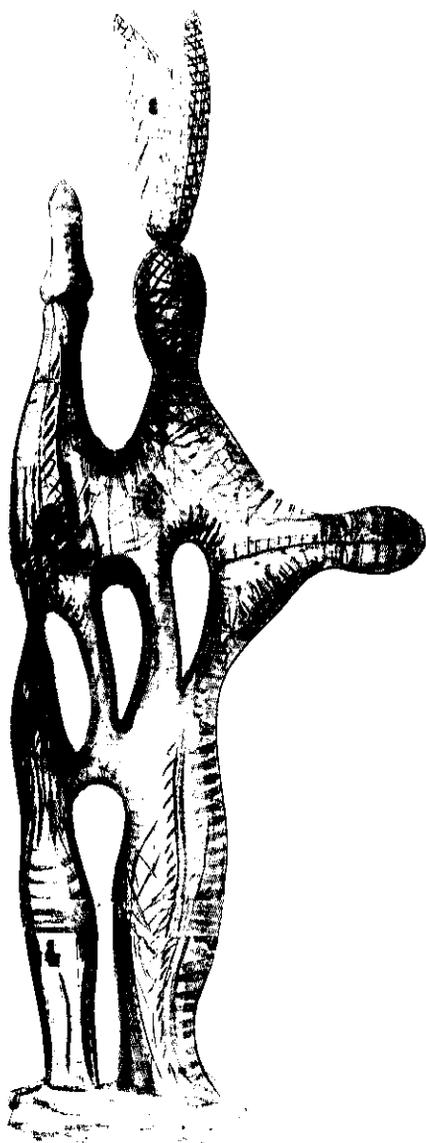
ción con este texto. En una última reciente, continúa sin embargo: «prueba de ello son mis ¿...?»; «*mujeres castellanas*»-completaría yo.

En este **Signo de mujer rural en un camino lloviendo**, la simplicidad y el esquematismo alcanzan un punto álgido: verticalidad, hueco, vacío como eje central, y una zona significativa recubriendo la cabeza; la masa principal se estira ensanchándose en la base, algo más en la parte central, confluyendo y cerrándose en el cuerpo superior. Alguien podría evocar, como ya lo hicieron Picasso y Neruda, una masa de pan alargada y retorcida en esta obra del antiguo panadero toledano.

En la **Escultura rural toledana** (1927-30), también de esa época, se acentúa aún más la tendencia surrealista en una combinación armoniosa de huecos activos y verticalidades, sabiamente entrelazados. No obstante, el surrealismo de Alberto nunca será puro onirismo, fantasía, sino que partirá siempre de una realidad que él transformará



Mujer rural.



Escultura rural toledana.

y sublimará con su imaginación, para regresar finalmente al punto de partida; tras una apariencia mineral o vegetal que asciende y se estiliza, siempre aparecen seres humanos en actitudes reales, cotidianas, tareas propias, y casi siempre con masas de mayor o menor abstracción que recubren significativamente la cabeza, reforzando el símbolo del esfuerzo y la pesadumbre de la sufrida mujer castellana.

Durante su etapa rusa, y entregado nuevamente a la escultura, de 1956 a 1962, Alberto tratará también reiteradamente el tema de la «mujer castellana». Según la rigurosa catalogación de M<sup>a</sup>. Jesús Losada, lo hará en diversos materiales y técnicas: especial, bronce, chapa de hierro y madera, a más de numerosos bocetos y dibujos.

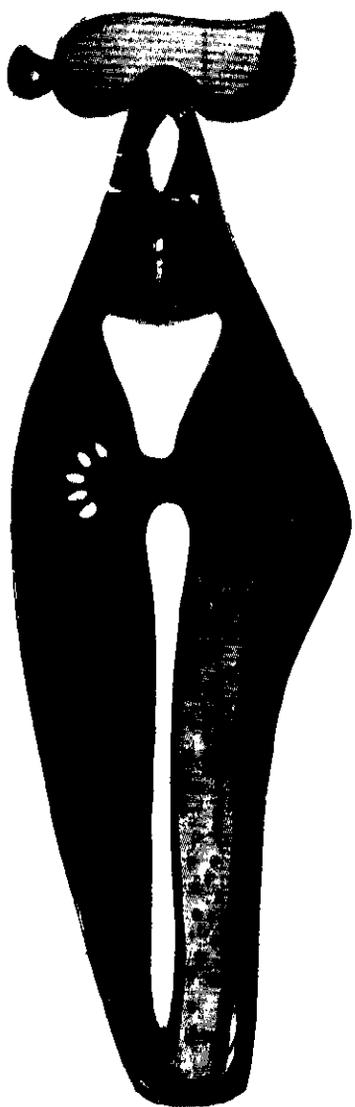
En la Exposición de Toledo, de 1980, figura

una **Mujer Castellana** (1956-59) en la que se ha querido encontrar una intención de glosar la **Asunción** del Greco. A mí me llama más la atención, sin embargo, su peculiar tocado, que evoca más bien las *Damas Ibéricas* (Elche, Baza), arte por el que tuvo Alberto una especial predilección.

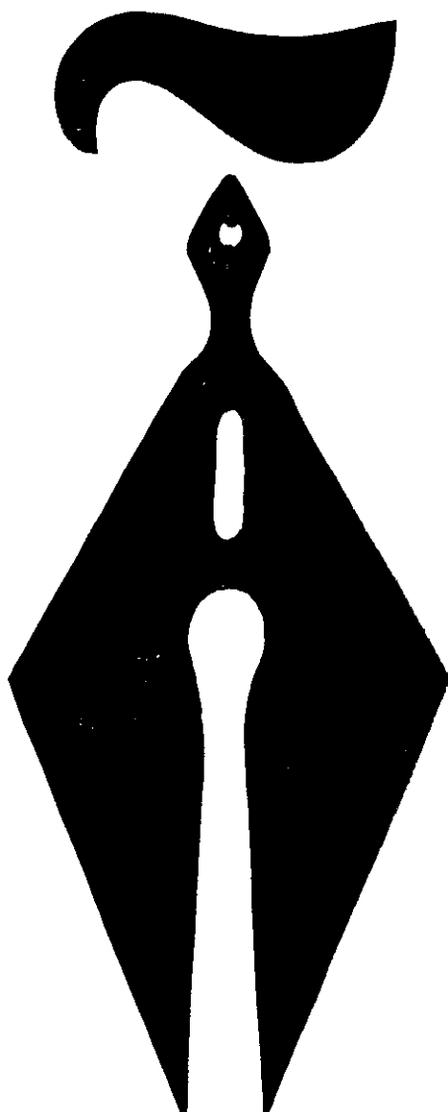
También de esta etapa es otra **Mujer Castellana** (1958-62), que pudo verse en la *Exposición del Centenario* («Encuentro en Toledo, 1895-1995»). En chapa de hierro, muy erguida, de planos rectos, sobriamente enlazados, recuerda a **La Mujer Toledana** en la severidad y austera amargura más propia de otros hábitos y otros tiempos en la historia de Toledo. Ensanchada en la base, como es usual en Alberto, falda ligeramente elevada en la parte posterior, blanca pechera, largo de-



Mujer castellana.



"Silueta". Mujer castellana.



Silueta de mujer castellana.

lantal, y una toca con amplios picos que ocultan la cabeza y el rostro. Las chapas están muy elaboradas con pequeños relieves y perforaciones formando sencillos dibujos. Alguien diría que bien pudiera ser una monjita de cualquier hospital toledano.

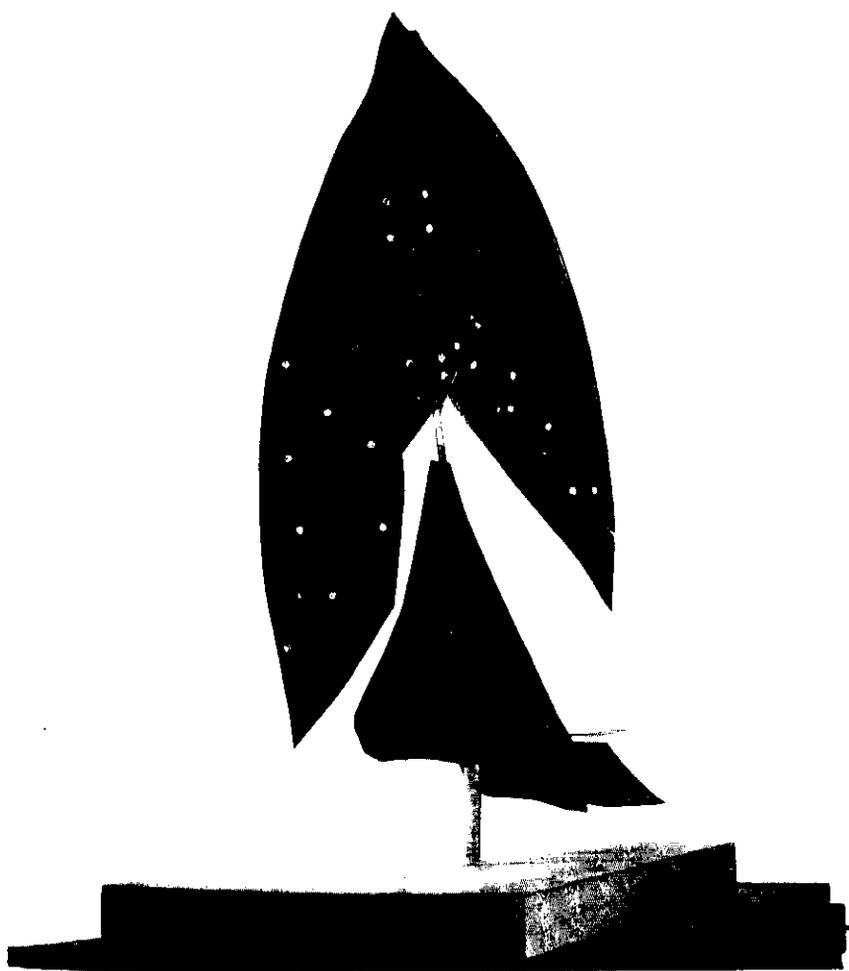
Asimismo, figuró una **Silueta de mujer castellana** en tinta china y lápiz sobre papel recortado, en la que resaltan igualmente la tendencia a la verticalidad, los huecos vacíos como eje central, y una masa que gravita y se amolda al extremo superior de la cabeza, así como una mano izquierda que pareciera surgir bajo el manto y pretendiera juntar ambos bordes del mismo por el lado derecho (gesto que se repite en otras esculturas y dibujos de Alberto).

Otra del mismo título, **Silueta de mujer castellana**, en lámina de hierro, más esquemática, simplificada y geométrica, la componen dos rombos: el mayor, representando el cuerpo; y el menor, unido al anterior, significando la cabeza, volumen que en esta ocasión sobrevuela la misma, descendiendo por la parte derecha como es lo habitual, y con vacíos en el plano axial.

Puede ser objeto también de una percepción gestáltica de cerradura, que guardaría quién sabe qué misterios insondables de mujer.

Finalmente citaremos la **Mujer Castellana**, compuesta por dos chapas de hierro, superior e inferior, que constituyen la máxima abstracción que conocemos sobre el tema.

Ambas conservan, no obstante, esa ligera inclinación anterior, rematada en otras obras por un pañuelo a la antigua usanza castellana que oculta el rostro; y la inferior, por una falda amplia acampanada que se eleva ligeramente por detrás. En una impresión global, diríase que es un ave que levanta el vuelo. Y uno recuerda lo que le había dicho su amigo Rafael Barradas y que tanto conmocionó a Alberto: que la primera impresión es la que vale y la que queda. (¿Recuerdan las aves que resultaron mujeres y que se taparon la cabeza con la falda para protegerse del sol?).



Mujer castellana.

Dejo para otra ocasión el comentario a otras obras tan interesantes como **Campesina**, **Dama proyectada por la luna en un campo de greda** y **Tres formas femeninas para arroyos de juncos**; esta última concebida durante una tormenta presenciada en el Arroyo de la Degollada.

Quede aquí mi reflexión sobre el tema de la «mujer castellana» en la obra de Alberto Sánchez; un signo en el que se funden la ética y la estética como revulsivo social de un mensaje artístico. La figura entrañable y conmovedora de la mujer castellana campesina, aparece en la sementera, la siega, la trilla, la vendimia, curvando su espalda bajo el sol y portando la media luna de la hoz entre sus manos, amasando con sudor el pan de cada día, cuarteando su rostro con el viento solano, la escarcha y la ventisca. «Espejo de la tierra castellana / que siendo moza, ya en tu pecho abrigas / un corazón labrado por fatigas / con surcos de besana» (Martínez Kleiser). Inmovilizadas y adheridas al suelo embarrado por esas arcillas pegajosas de la Sagra, y a las que tal vez Alberto hubiera querido ver desprendidas, desasidas de estas tierras, para volar como las aves a nuevos horizontes de libertad. Alberto Sánchez falleció en Moscú el 12 de octubre de 1962, siendo enterrado en el Cementerio de Viedienskoie. En la revista *España Popular*, podía leerse el siguiente 15 de noviembre: «El cuerpo del camarada Alberto Sánchez lo guarda la Unión Soviética, que un día lo entregará amorosamente a la tierra libre de España». Me uno fervientemente a ese deseo, para que los restos mortales de Alberto puedan reposar definitivamente en algún punto de la Sagra toledana, a ser posible en Añover de Tajo, de cuya montaña el gran poeta-escultor decía sentirse enamorado. Allí se fundiría con el *alcaén* que tanto amó en un lecho cuidadosa y artísticamente preparado por escultores toledanos, en el que figuren sus símbolos más queridos: en lugar destacado, sin duda, la «mujer castellana».